

# LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

## CONTINUA EL EXPEDIENTE POÉTICO-PROSAICO.

*Sumaria de pobreza que presenta  
la parte interesada en esta cuenta.*

TESTIGO } Queriendo cumplir hoy lo que promulga  
RITA FA- } el auto pronunciado ayer mañana,  
RANDÓLA. } presentó por testigo nuestra Juana  
á Rita Farandóla, alias, la Pulga:  
la cual con la viveza de su apodo,  
enterada que estuvo ya del cuento,  
y previo el oportuno juramento,  
soltó la lengua hablando de este modo:—  
«Que es cierto que conoce á la Rodrigo,  
y que es tan infeliz.... tan desgraciada,  
que la ha visto comer pan de cebada  
por no poder comprárselo de trigo:  
que su escasez es tal y su penuria,  
que no tiene mas ropa que la puesta,  
y aun si la pobre hacerse pudo esta,  
fué lavando la de otros en el Turia:  
que todo su equipaje verdadero  
en verano, en invierno y en otoño,  
se reduce á las prendas de su moño,  
á la cama, tres sillas y un panderero;  
y aunque alguno lo dicho en chanza toma,  
ó crea exagerado tanto apuro,  
lo que es cierto, verídico y seguro,  
que pasa nada mas.... de lo que come.»

Esto dijo la Pulga vocinglera,  
cuya edad no se sabe á punto exacto,  
puso una cruz por firma, y en el acto  
sin decirnos—adios—se marchó fuera.

En vista de lo cual su Señoría,  
después de haber firmado yo el notario,  
al pié de este papel semi-calvario  
hizo otra cruz junto á la firma mia,

Ante mi  
Marcos Gafaut

OTRO TES- } Insiguiendo esta parte en su gran prisa,  
TIGO JUAN } sin transcurrir siquiera el menor rato,  
CANDILES. } encajó dentro en mangas de camisa  
al tío Juan Candiles, vulgo, el Chato:



quien apesar que en buenas conjeturas  
con su apellido ofrece muchas luces,  
después de haber jurado con tres cruces,  
nos dejó con sus dichos casi á oscuras.  
Su modo de espresarse fué el siguiente:—

«Que le es en sumo grado cosa estraña  
verse él solo llamado á tal campaña  
habiendo en este pueblo tanta gente:  
que en su declaracion será conciso  
por mas que esto le duela al escribano,  
pues su trato con Juana es tan lejano  
cual un patio lo está de un tercer piso  
que no puede decir qué hay en su casa,  
ni si á jornal trabaja ó á destajo,  
ni si lo pasa mal, ó bien lo pasa,  
porque ella vive arriba, y el abajo.»

Aquí selló su labio el que declara,  
y apesar de que el brazo del alcalde  
le amenazó, y aun casi.... con la vara,  
contra el Chato fatal todo fué en balde.  
Ni aun siquiera firmar quiso este escrito,  
aumentando con ello sus deslices,



mas no creyéndole jurisperito.....  
lo hicimos yo y el otro en sus narices.

Ante mi.

Marcos Gafaut

OTRO, MARCOLFA N. LA CANARIA.

A fin de remachar esta sumaria con todos los bemoles de la solfa, tomó parte en la misma una Marcolfa llamada vulgarmente la Canaria. Juró tambien por Dios y por los santos con ademan contrito y reverente decirnos la verdad tan solamente en el trino y gorgeo de sus cantos: y tras de estos preludios y protestas, haciendo con sus alas muchos mimos, á las varias preguntas que la hicimos fué dando de esta suerte sus respuestas: — «Que desde su mas corta y tierna infancia conoce á la mujer de que se trata, y en verdad en verdad que hablando en plata ni le envidia, ni arrienda la ganancia: que no goza mas bienes, que sus males, que por cierto le sobran no pequeños, pudiendo asegurarse que ni en sueños vió juntos en su vida treinta reales. Que las rentas, haberes y productos, de que es dueña la Juana referida, se deslizan por varios acueductos, dó se gana, lavando, la comida.»

Dijo aun mas la volátil declarante con su acento ridículo y parlero; pero Marcos lo deja en el tintero, creyendo que lo dicho es muy bastante. En suma la Canaria cerró el pico, firmando con sus garras de lechuza; el alcalde no firma, pero cruza, y yo en vez de dar fe.... lo certifico.—

LA CANARIA Ante mi.

DILIGENCIA. } Tratando de apurar yo si quedaba algun testigo, Maria Juana Rodrigo me ha contestado que —nó. Viendo pues que ya acabó con su prueba y mi paciencia,

en el acto y con urgencia pongo la pluma en la mano, y como buen escribano lo firmo por diligencia.

Marcos Gafaut

AUTO EN VISTA.

Caladas sus antiparras, muy serio, formal y tieso, en vista de este proceso dijo el alcalde de marras:— Ya que observo, miro y toco que la parte interesada lo que disfruta es tan poco que casi no tiene nada; dígame lo que se diga, sin perjuicio y por ahora declaro á dicha señora pobre, y si quiere, mendiga. Y en cuantas partes ó partos pida el auxilio curial, sirvasela como á tal, y con papel de á dos cuartos: nombrando para el debate, ya que el turno los atrapa, al escriba Braulio Uñate, y al fariseo Garrapa.»

Ved aquí ni mas, ni menos lo que acordó su merced, él solo, y sin hombres buenos; de todo lo cual.... doy fe.

Ante mi.

Marcos Gafaut

DILIGENCIA DE NOTIFICACION SIN RESULTADO.

Juana, he venido á buscarte, y á decirte lo que pasa, pero no te encuentro en casa, porque estás.... en otra parte. Y ya que este trabajo no se cobra, pondré la media firma, y aun te sobra.

Gafaut

NOTIFICACION.

Aunque de cólera estalle, (dije yo para mi capa) enteraré donde le halle al procurador Garrapa; y en esto.... le ví en la calle. Causóle gran sorpresa esta noticia, porque es hombre enemigo del trabajo,



mas temiendo el furor de la justicia,  
murmurando entre dientes firmó abajo.—

*El maestro Pablo Garrapa*

*Maxcos Gafant*

OTRA. } Doy fe de que esta mañana  
he notificado á Juana.

*Gafant*

OTRA NOTI- } Tambien enteré muy cauto  
FICACION Y } al amigo, que se fija  
FÉ DE EN- } en el contesto del auto.  
TREGA. } Braulio Uñate y Lagartija;

á quien entregué en un lio  
este sumario completo,  
cumpliendo con el decreto  
que le nombra en lugar mio.  
Y empuñando los dos nuestros tinteros,  
armado cada cual de negra pluma,  
debajo de esta resta ó de esta suma  
pusimos nuestros nombres verdaderos.

*Braulio Uñate. Maxcos Gafant*

(Se continuará.)

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

EXTREMA CONDESCENDENCIA !!! ESPANTOSO  
FATALISMO !!!



**ALLÁBAME** en Barcelona tomando café  
en el *del Espejo* con un amigo mio que  
tuvo la bondad de convidarme, y que  
por esta razon le llamo amigo mio,  
cuando entró y se sentó á una mesa in-  
mediata, al lado de dos compañeros que al parecer  
le estaban aguardando, uno de esos hombres gace-  
tas que recogen, Dios sabe cómo, cuantos sucesos  
políticos y domésticos tienen lugar diariamente en  
la poblacion en que habitan, y luego los refieren  
de pe á pa en todos los puntos donde concurren cu-  
riosos que no hayan quedado satisfechos con haber  
aprendido de memoria desde el título hasta el nom-  
bre del editor responsable, todos los periódicos del  
dia. El hombre gaceta que entró en el café en que  
yo me encontraba, es en su género una verdadera  
notabilidad. Sabe todas las noticias mucho antes  
que las autoridades que las reciben por extraordi-  
nario, de suerte que parece tener á su disposicion  
un telégrafo invisible, por cuyo medio se le comu-  
nican cuantos sucesos ocurren en la Península. Sa-  
be al mismo tiempo dar á las noticias tan rápida

circulacion, que él solo vale mas para el caso que  
todo el enjambre de ciegos que se destaca de la im-  
prenta nacional apenas ha hecho provision de gace-  
tas extraordinarias. Con mas razon que el *Histo-*  
*riador* podria titularse *todos los periódicos en uno*;  
y en verdad, no podemos explicarnos cómo á un  
hombre de esta naturaleza se le permite salir sin  
hacer depósito, y sin sujetarse á todos los demas  
requisitos de la ley de imprenta. Y no se crea que  
se ocupe solamente en noticias que tengan alguna  
relacion con la política. Conoce todo el vecindario  
y las extravagancias de cada vecino, y se complace  
en darlas á conocer á todos los demas, importán-  
dole un pepino de las reputaciones que su lengua  
sacrifica á la curiosidad de su auditorio. Este es  
siempre numeroso; los hombres en general desean  
reirse á costa de sus semejantes, y de consiguiente  
no es extraño que los cafés, á que habitualmente  
concorre nuestro hombre gaceta, esten llenos de  
gente que le aguarda con ansiedad.

Entre varios sucesos y ocurrencias pertenecien-  
tes á la crónica local, refirió una anecdota que  
prueba hasta donde puede llegar la condescenden-  
cia de un buen marido.

Pancracio Moron, jóven aragonés, hijo de una  
casa pobre pero honrada, dejó su familia en Bal-  
bastro para emprender en Barcelona la carrera de  
cirujano sangrador. Su buena madre le adicionó la  
chaqueta con un par de faldones para elevarla á la  
categoria de casaca; le hizo poner medias suelas  
en los zapatos; le equipó con seis pares de calceti-  
nes; le entregó dos pares de pantalones de mahon  
con trabillas de lo mismo, que no tenian de ancho  
un través de dedo; tres camisas de hamburgo; el  
sombrero menos viejo del padre de su padre, ribe-  
teado de mugre, de anchas alas y de voluminosas  
dimensiones, como acostumbran usarlo los barbe-  
ros para meter en él el jabon, las navajas y demas  
accesorios del arte; completó su estuche con las  
únicas tijeras que ella tenia para sus labores do-  
mésticas, y con lágrimas en los ojos le dió un adios,  
un abrazo y su bendicion. Pancracio, apenas llegó  
á Barcelona, se matriculó, sufrió el exámen de re-  
glamento y entró de mancebo en una barberia de  
la calle del Conde del Asalto. Debiendo solo á la na-  
vaja sus medios de subsistencia, no gozaba en ver-  
dad de comodidades que hiciesen envidiable su  
suerte; pero tocaba la guitarra como pocos, y esta  
habilidad le abrió las puertas de un porvenir mas  
lisonjero que el que tenia derecho á prometerse.

En el primer piso de la casa de enfrente vivia  
una soltera con mas años de los que ella queria, y  
con mas gana de casarse que de rejuvenecerse. Ha-  
bia visto una tras otra pasar del hogar paterno al  
tálamo nupcial siete hermanas, y se moria de calor  
y de envidia viéndose condenada á quedar en el  
mundo para vestir imágenes. Ella era la mayor de  
la familia, y esta circunstancia la hacia rica, por lo  
que la hubiera complacido sobremanera si al mismo  
tiempo no la hubiese hecho vieja. Cuantos polvos  
se han inventado para limpiar la dentadura, quan-  
tas pomadas se han encomiado para conservar el  
pelo, cuantos cosméticos se han preconizado para  
desarrugar el cutis, figuraban en el tocador de la  
solterona, que muy emperejilada y cubierta de pe-  
rifollos, horas y horas se ponía de cimbel en el bai-  
con, manifestando con los ojos á cuantos pasaban  
por la calle con sombrero, que allí habia una habi-  
tacion desocupada. Nuestro novel barbero fué el  
único que se dejó seducir por las insinuaciones de  
Enriqueta. Este era el nombre de la solterona. No-  
tó Pancracio que cuantas veces tocaba la guitarra,  
Enriqueta alargaba el cuello, como el cisne que  
busca un caracol en el fondo de un estanque, an-  
siosa de salvar la distancia que de él la separaba.  
Supo que era rica y no tuvo necesidad de mas para



enamorarse como un Torcuato Tasso. Hubo trueque de miradas, gestos mútuos y señas recíprocas; por espacio de dos meses el telégrafo de los dos amantes estuvo trabajando todas las horas de sol que tiene el día. Pancraccio no pensaba mas que en Enriqueta, y de tal modo tenia ocupada la imaginación, que cuando afeitaba á algun parroquiano, fijaba la atención tan poco en la operación que estaba practicando, que á menudo le hundia hasta los huesos la terrible navaja.

El amor no es una ciencia especulativa, y todas las teorías le cansan si no puede reducirlas á la práctica. Así es que el platonismo de su pasión aburrió muy pronto á nuestros dos amantes, que hijos ambos del siglo XIX, marcharon en derechura á lo positivo. Quisieron emplear otros medios de comunicación mas seguros que los telegráficos, quisieron verse mas de cerca y revelarse verbalmente. Esto no dejaba de ofrecer grandes obstáculos, pero ¿cuáles no allana el amor, y sobre todo el amor de una mujer? Con Enriqueta vivia no mas que su padre y una criada; su madre hacia algunos años que habia pasado á mejor vida. El padre y la criada se querian como un cura y su ama, y una criada querida del padre no se deja fácilmente sobornar por los hijos. Al contrario, estos en ella encuentran constantemente un fiscal de todas sus acciones. Así es que Enriqueta no se atrevió siquiera á ensayar ningun medio para corromper á la fámula, y con su auxilio introducir á Pancraccio en la casa en ocasion que estuviese el padre fuera. El padre no dejaba de salir de casa todos los dias, como que estaba empleado en el real patrimonio; pero quedaba constantemente la criada hecha un Argos de la pobre Enriqueta. Para el barbero, de consiguiente, todas las puertas estaban cerradas; no veia ningun camino para conducirse á su objeto. Mas Enriqueta, con el ingenio aguzado por el amor, encontró uno y fué el siguiente.

El padre de Enriqueta era un hombre pulcro; era uno de esos vejetes para quienes la vida no tiene invierno, y que hasta á la tumba quieren bajar con las botas limpias y la camisa bien planchada. Afeitábase todos los dias, y sin haberse hecho la barba no hubiera ido á la oficina aunque le hubiese costado el empleo que, sea dicho de paso, para nada lo necesitaba, y que hubiera venido perfectamente á mas de cuatro infelices que estan pereciendo de miseria apesar de su idoneidad y de una hoja en que constan sus buenos servicios. Desgraciadamente el padre de Enriqueta se afeitaba solo, y de consiguiente ningun barbero frecuentaba su casa. A hacerse necesario el barbero se dirigieron principalmente todos los conatos de la enamorada niña. Conseguido esto, de modo se lo habia ella de manejar que fuese el barbero de su padre su querido Pancraccio. Al efecto, en ocasion en que su padre estaba fuera y la criada ocupada en la cocina, entró en el gabinete de aquel, cogió el estuche, sacó las navajas, y pasándolas y repasándolas de corte por el borde de un tintero de latón, en breve consiguió mellarlas é inutilizarlas completamente. Luego las volvió al estuche y lo dejó todo como si tal cosa.

Al día siguiente hubo la de Dios es Cristo. Don Emeterio, el padre de Enriqueta, quiso afeitarse; estaba ya enjabonado, abrió el estuche y vió la terrible metamorfosis que sus navajas habian sufrido. En lugar de navajas encontró sierras. Alborotó, refunfuñó, gruñó; llamó á la criada, llamó á su hija, fulminó contra las dos cargos muy graves; pero la firmeza con que ambas rechazaron la acusación, dejó á D. Emeterio sin palabra. Bien conocia este que precisamente una de las dos habia de ser la culpable, porque en su casa no entraba nadie mas que ellas, absolutamente nadie; pero al mis-

mo tiempo á ambas las juzgaba incapaces de una acción propia solamente de chiquillos, repugnante al carácter de una y otra, y que consideraba sin objeto, porque él no lo sabia adivinar. Apaciguóse, y apenas estuvo tranquilo, le dijo Enriqueta con afectada amabilidad. — Pero, padre mio, ¿cómo lo hará usted ahora sin navajas? ¿va usted á salir sin afeitarse? ¿cuán feo está usted así! ¿quiere usted que llamen á un barbero? — Mucho lo siento, hija mia; pero no tiene remedio, que lo llamen. No bien habia dicho estas palabras D. Emeterio, cuando Enriqueta estaba diciendo á la criada: dice padre que vayas á la *tienda de enfrente* para que venga *alguno* á afeitarme desde luego. D. Emeterio no habia localizado el punto de donde debia venir el barbero, ni habia dado la preferencia á ninguno; pero Enriqueta tuvo á bien mandar por el barbero de enfrente para..... ahorrar pasos á la criada. En esto no hay malicia.

La criada entró en la barbería, cumplió con su comision y se fué. Pancraccio, que ya habia recibido por telégrafo noticia de lo que estaba pasando, salió tras la criada casi pisándola los calcañares. Ambos llamaron á la vez en casa de D. Emeterio; Enriqueta les abrió la puerta y experimentó una sensación inesplicable al ver tan de cerca al objeto de sus ansias. Le pareció hermoso y vestido de última moda. Su corazón saltaba como si quisiera salirse del pecho, y la dió tal temblor de piernas, que casi no acertaba á andar ni á tenerse en pie. Introdujo en el cuarto de su padre á Pancraccio, el cual procedió desde luego á la operación por la que habia sido llamado. El buen mancebo hizo cuanto pudo para grangearse la confianza de su futuro suegro, y realmente lo consiguió. Aquella rapadura fué una obra maestra del arte. Prendóse D. Emeterio de la ligereza de la mano de Pancraccio, de suerte que le asalarió para lo sucesivo y le pagó un mes adelantado, que el mancebo hubiera rehusado de buena gana, si no hubiese temido revelar con su generosidad el amoroso interés que debia disimular á toda costa.

Tenia Pancraccio un no sé que de bondadoso que fácilmente cautivaba todas las voluntades. Así es que á los pocos dias de frecuentar la casa de D. Emeterio, logró hacerse á los ojos de este simpático sobremanera. Cuando tuvo el terreno bien preparado, aguijado por su amor y por las exigencias de Enriqueta, pidió la mano de esta á su padre, que no solo se la rehusó, sino que le echó de su casa á cajas destempladas. Sin embargo, no por esto murieron las esperanzas de los dos amantes. El amor de Enriqueta era demasiado profundo para sacrificarse á las exigencias paternales, y el de Pancraccio estaba cifrado sobre cálculos demasiado positivos para ahogarlo en su corazón ó, por mejor decir, en su cabeza; pues mas era amor de cabeza que de corazón, sin haber antes procurado vencer cuantos obstáculos se le oponian. Volvieron los dos enamorados á establecer sus telégrafos, como único medio de comunicación que les quedaba y del cual se vieron tambien privados á los pocos dias. Mandó el padre cerrar todos los balcones que daban á la calle, y prohibió á su hija formalmente abrirlos aunque pasase el viático. Estas medidas rigurosas y escepcionales no hicieron mas que avivar la pasión de la muchacha, que no pudiendo sobrellevarla, empezó á ponerse flaca como un cadáver hasta el extremo de dar á su padre mucho cuidado. Esta circunstancia, el cariño que habia profesado á Pancraccio y la fatalidad de no haber encontrado otro barbero que con tanta maestría le hiciera la barba, le obligaron por fin á acceder á la voluntad de los dos amantes, lo que hizo despues de haber consultado la de la criada y haber obligado á admitir á Pancraccio las dos siguientes condiciones: afeitarme todos los dias aun-



que estuviese casado con su hija, y vivir con esta separados de su casa. Esta última condicion fué atribuida por el vulgo murmurador á la criada, que sin duda la impuso para obrar mas á sus anchuras con su amo y participar mas abiertamente de su soberanía.

Pancracio y Enriqueta se casaron; Dichosos ellos! decian los hambrientos condiscípulos de Pancracio que solo en las riquezas veian la felicidad; Desgraciados! decian los que solo la veian en la posesion de la hermosura. Nosotros nada decimos. Si fueron desgraciados ó felices, poco tardaremos en saberlo.

Enriqueta era rica. Su padre tenia muchas fincas urbanas y rurales que todas debian pasar á su poder y de este al de sus hijos, si tenia la fortuna de tenerlos. De otra suerte todos sus bienes pasaban á su segunda hermana, y en este caso el marido si la sobrevivía se quedaba, como suele decirse, á la luna de Valencia. ¡Cuán grande, pues, no debía ser el empeño de Pancracio en tener hijos! Su mujer no gozaba de muy buena salud, y por otra parte tenia mucha mas edad que él, por lo que segun todas las probabilidades debía sobrevivirla. Sobrevivirla y volver á la vida de pobre despues de haber gozado todas las comodidades que las riquezas proporcionan, era una cosa atroz, una cosa que solo el pensarla le hacia estremecer. ¡Qué no hizo el buen Pancracio para tener sucesion! Al primer año de matrimonio su mujer se hizo embarazada y abortó; al segundo le sucedió otro tanto, y otro tanto al tercero, hasta que por fin pasó otros tres sin dar la mas minima señal de fecundidad. Pancracio estaba desesperado. Se asesoró con todos los facultativos de mas nota; hizo mudar aires á su mujer, la obligó á visitar ciertas capillas y á beber ciertas aguas á que atribuye el vulgo supersticioso las mismas facultades que al Espíritu-Santo; pero todo en vano. Por fin, cansado de la infructuosidad de sus tentativas, pasó con su mujer á Galicia, donde dicen que raras veces se encuentra una mujer estéril. En efecto, establecieron en Comarinas, y á los dos meses de estar allí, notó Pancracio que el vestido de su esposa por detras crecia y se acortaba por delante. ¡Qué felicidad! Como el objeto que les detenía en Galicia se habia ya conseguido, regresaron inmediatamente á Barcelona, donde con ansiedad estuvieron aguardando el dia del bautizo. El padre de Enriqueta debía ser padrino y madrina la madre de Pancracio, á la cual mandó este al efecto una buena cantidad de dinero para que se presentase con lucimiento á sacar de pila al futuro fruto de su amor.

Segun cálculos de Pancracio, que debemos suponer exactos, (dijo el hombre gaceta que en 4 de enero del año pasado estaba refiriendo esta anécdota en el café del Espejo,) ayer entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo. Sabidos son los deseos extravagantes y singulares caprichos de una mujer embarazada, los cuales son tantos mayores, cuanto mas fácilmente con ellos se transige. Pancracio, tratando á toda costa de impedir un aborto que hubiera aguado las esperanzas de toda su vida, accedia á los antojos de su esposa con una docilidad de que no hay ejemplo en los anales matrimoniales, y si alguna vez manifestaba no hallarse dispuesto á doblegarse á alguna exigencia demasiado repugnante, su mujer le hacía ceder á la fuerza amenazándole con el aborto. A esta palabra terrible Pancracio sentia erizársele el pelo y despegársele la carne de los huesos, y le faltaba valor para la resistencia. ¡Cuánto abusaba Enriqueta del dominio feroz que debía á esta amenaza! Largo seria enumerar todos los abusos de autoridad de Enriqueta no menos que los ejemplos de condescendencia que ha dado el buen Pancracio, y que el hombre gaceta refirió con aplauso de sus oyentes; por lo que yo en obsequio á la brevedad, me contentaré con exponer uno que

vale por todos, y que tiene la circunstancia de ser el mas reciente.

En la tarde del dia en que entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo salió á paseo con su esposo, por haberla aconsejado los médicos que hiciese diariamente un rato de ejercicio moderado para precaver el aborto. Ya casi era noche, cuando volviendo á su casa por una de las muchas travesías que desembocan en la magnífica calle del Conde del Asalto, al tibio resplandor del último crepúsculo divisó Enriqueta los tristes despojos de un gato muerto. También las miradas de Pancracio tropezaron con aquella asquerosa carroña y se desviaron con horror. Como es natural, los dos esposos siguieron adelante su camino; pero apenas habian dado cuatro pasos cuando Enriqueta, exhalando un suspiro, dijo: — ¡Ay Pancracio! ¿no has visto? ¿no has visto, Pancracio? — ¿Qué? respondió este. — ¿No has visto cuatro pasos atras, en la acera de la derecha, un conejo muerto? — No tal, si es un gato. — ¡Ay! ¡un gato! ¡qué gusto! Vamos á buscarle, Pancracio. — ¿Estás loca? — Vamos á buscarle. — Pero, mujer... — ¡Vamos á buscarle ó aborto! Palideció Pancracio; retrocedió los pasos que le separaban del fétido cadáver; le asió lo menos que pudo con



solo dos dedos; le despegó de la acera, y lo presentó á su esposa, revelando sus ascos con un gesto que no se puede definir. Hizo que su esposa acelerase el paso todo lo posible para llegar pronto á casa y desprenderse de aquella carga inícuu que le pesaba mas que una cadena, sin augurar el desdichado las nuevas calamidades que le aguardaban. Apenas se habia Enriqueta quitado la mantilla, cuando la dijo Pancracio: — ¿Qué quieres que haga de este animalito? ¿dónde quieres que lo echemos? — ¡Echarlo, dices! ¿estás en tu juicio? corre, Pancracio, con él á la cocina, desuéllalo, límpialo bien y fríelo. — ¡Cómo! ¿quieres comerlo? — Pues es claro. — ¡Qué horror! — Pronto, date prisa. — Es imposible, imposible. — ¿Imposible, dices? ¿con qué estás empeñado en que yo aborte? — ¡Oh! no, mujer; Dios nos libre de semejante calamidad; se hará lo que tú quieres; llama á la criada... — ¡Cómo! ¡la criada! tú mismo lo has de limpiar, tú lo has de desollar, tú lo has de freir. — ¡Jamás! ¡jamás! ¡eso es ya demasiado! — No lo hagas, ingrato, no lo hagas... ¡Qué dolores son esos, Dios mio! ¡no hay remedio, yo aborto! Y se puso ambas manos en la arqueada barriga, y casi sin sentidos se dejó caer en un confidente. ¿Qué podía hacer Pancracio en tal conflicto? Llamó á la criada para que tragese agua y vinagre, y mientras



esta socorria á su señora, él se entró en la cocina, desolló el gato, le hizo tajadas, lo lavó, lo frió, y lo presentó en un plato á Enriqueta que ya había vuelto en sí de su desmayo. — Toma, hija, come, la dijo. — Quiero, dijo ella, que comas tú antes una tajada. — ¡Yo! — ¡Bien! ¡no la comas, cruel! mas ¡ay! ¡yo aborto! — ¡Abortas! ¿con que no hay mas remedio que comer yo una tajada ó abortar tú? ¡Está bien, la comeré, la comeré! Cogió la tajada que le pareció menos asquerosa, y con el estómago revuelto cerró los ojos á la manera del desesperado que se precipita de una gigantesca torre, y consumó el espantoso sacrificio. Luego le acosaron náuseas, su rostro tomó un color terreo, y con voz apagada dijo á su esposa: — Toma, come tú ahora. — Yo no quiero, respondió ella con ira poniéndose de piés. — ¿Pero por qué? — ¡Porque tú te has comido el mejor bocado! — ¡Llévete el diablo! refunfuñó Paneracio entre dientes, y se encerró en su gabinete, donde es fama que hasta las tripas echó por la boca.

Hasta aquí la anécdota tal como la contó el hombre gaceta. Ahora yo debo añadir que Paneracio Moron era el mismo hombre con quien estaba yo tomando café. Por esta razon sin duda, no queriendo ser testigo de las afrentosas risas de los concurrentes, apenas oyó que el hombre gaceta pronunciaba su nombre y apellido, se zampó de un sorbo todo el café que le quedaba en la taza, se levantó, dió un napoleon al mozo, y sin esperar que le dieran la vuelta se escurrió como un raton acosado y me dejó sin decirme adios. Sin volverle á ver pasé dos meses, al cabo de los cuales le encontré abismado en profundas meditaciones en un extraviado sendero de la montaña de Monjuí. Me pareció que estaba muy melancólico, y preguntándole la causa de su tristeza, me respondió que no podía por mas tiempo sobrellevar el peso de la vida. Me dijo que cuando estaba persuadido de que su mujer había entrado en el noveno mes de su embarazo, los médicos acababan de disipar todas sus ilusiones, asegurándole que su esposa no estaba embarazada sino hidrópica. ¡Qué horror! dije yo entre mí, ¡aprender esta verdad terrible despues de haber comido gato para evitar un aborto!

Al dia siguiente entre estrepitosas carcajadas estaba el hombre gaceta en el mismo café del Espejo refiriendo lo que me había dicho Paneracio el dia antes. ¿Por qué conducto lo supo?

Treinta dias despues el mismo hombre gaceta estaba arrancando lágrimas á un numeroso auditorio refiriéndole la horrorosa catástrofe de un jóven, cuyo cadáver encontraron en la *mar vieja* algunos pescadores. El cadáver estaba expuesto á las miradas públicas en la *Columna* (1). Fui á verle, y reconocí en sus facciones á Paneracio Moron.

Si el infeliz hubiese tardado dos dias mas en quererse suicidar, seguramente no se hubiera conducido á este terrible acto de desesperacion. Los médicos que calificaron de hidropesía la preñez de su esposa se equivocaron de medio á medio. Tan bárbaro fué su diagnóstico, que al dia siguiente de la muerte de Paneracio, su mujer dió á luz nada menos que dos hijos rollizos y sanos como una manzana. Parecian un bollo de manteca, si bien uno de ellos nació con un gato en la espalda, á consecuencia sin duda del deseo que tuvo su madre en la época del embarazo y que no pudo satisfacer por haberse zampado Paneracio el mejor bocado.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

(1) Sitio en el hospital civil de Barcelona donde se depositan los cadáveres desconocidos antes de llevarlos al cementerio ó á la sala de diseccion.

## Á MI AMIGO

### D. Agustin Alfaro.

Dias hace que intentó mi inspiracion quimerista buscar un antagonista de mas veneno que yo.

Me harto de tirar el guante, y no pude hallar el majo por arriba, por abajo, por detrás ni por delante.

Pregunté una vez y cien de algun quimerista el nombre, y por fin me dijo un hombre con cara de hombre de bien:

Yo le diré brevemente donde hay un espadachin tal que le han de dar esplin las señas del combatiente.

Yo busco, repuse al punto, un genio de buenas alas, sin miedo á bombas y balas; alto flaco y cejijunto.

Talento claro y precoz, abortado del Leteo, que me supere en lo feo y me aventaje en lo atroz.

Lo que usted quiere es muy raro, me respondió su merced; no obstante ¿conoce usted á Don Agustin Alfaro?

Pues en él de Barrabás hallará la imagen viva, por abajo, por arriba, por delante y por detrás.

Busqué al tal espadachin, y dije nada me empacha, ya tienes á Juan en facha, ponte tú en regla, Agustin.

Aunque me venzas y pises ¿á quién tienes interés? ¿á una fea con parnés, ó á una bella sin monises?

Tras un silencio profundo vino á escoger lo primero, y yo por blandir mi acero me decidí á lo segundo.

— Hábla tú. — Te toca á tí. — Dá principio. — Empieza tú. — En fin, dado á Belcebú, tomé aliento y dije así:

Aunque tu pecho desea fea con unto de rana, yo diré tarde y mañana Dios me libre de una fea.

Que es camino horripilante donde no hallarás atajo, por arriba, por abajo, por detrás ni por delante.

¿Cuáles serán tus apuros, marido de rica dama, si has de meterle en la cama con un talego de duros?

Cuando te empache la fiesta dirás del oro al halago, si buen dinero me trago buenos suspiros me cuesta.

Nunca sospecha una hermosa sabiendo que ha de vencer; la fea tiene que ser por necesidad celosa.



Que aunque adorne con la salsa  
del oropel sus contornos,  
sabe que entre los adornos  
solo hay una piedra falsa.

Dime tú si tendrás celo  
por una novela ingrata,  
aunque con broches de plata  
se encuaderne en terciopelo.

Yo tengo el gusto mas fino,  
y no te pienses que ceda  
porque me des á Espronceda  
con forro de pergamino.

Talento tuvo mayor  
el que dijo con solapa,  
que bajo una mala capa  
se oculta un buen bebedor.

Verdad es, voto al demonche,  
que habiendo inmensos tesoros  
comerás bien, tendrás toros,  
beberás borgoña y ponche.

Mas ¿tendrás gana de risa  
si tu mujer se incomoda  
y te encaja que á la boda  
fuiste con mala camisa?

Por no armar un alboroto  
huyo de trance tan fiero,  
mujer que tiene dinero  
nunca lo echa en saco roto.

No de madres y de abuelas  
las ricas hijas exijas,  
busca, Alfaro, buenas hijas,  
pero no buenas hijuelas.

Que una rica fierabrás  
es una planta nociva  
por abajo, por arriba,  
por delante y por detrás.

Y no presumas que vivo  
sin apego á los parnés,  
quizá mi desinterés  
es interés positivo.

Ya verás tú si mi musa  
se va al infierno quizá  
en atrapando una já  
de esas que dicen *pantusa*.

Sin que mi ambicion avara  
quiera faltar al decoro,  
¿dónde habrá mayor tesoro  
que un buen palmito de cara?

Verdad hallarás constante  
ya examines mi trabajo  
por arriba, por abajo,  
por detrás ó por delante.

Si quiero amigos, no es cosa,  
los tendré como lo digo,  
que todo el mundo es amigo  
del marido de una hermosa.

¿La calle de la Montera  
quiero andar sin embarazo?  
llevo á mi mujer del brazo  
y me dejarán la acera.

Pienso estar en candelero,  
pues los hombres principales,  
ministros y generales  
me quitarán el sombrero.

Iré al café sofocado,  
tomaré de leche un pozo,  
y al ir á pagar al mozo,  
me dirá: «ya está pagado.»

Y no podré perecer  
como otros en la aflicion,  
porque si quiero turrón  
lo pedirá mi mujer.

¿Dónde hay ministro de pecho  
tan escaso de sentido,  
que no ponga «concedido»  
á un memorial tan bien hecho?

Si á mas reflexiones subes,  
el que tenga la intencion  
de darla conversacion  
me ha de poner en las nubes.

Dirá el seductor impío  
cuando la tienda la red:  
¡Qué marido tiene usted!  
es íntimo amigo mio.

Aunque no me juzgue ducho  
me llamará Ciceron,  
y aunque me tenga aversion  
dirá que me quiere mucho.

Aunque haga versos perversos,  
dirá á mi cara mitad:  
«bien merece esta beldad  
quien hace tan buenos versos.»

Esto mi delicia fragua,  
si hago un soneto ¡qué vena!  
si un sainete ¡cosa buena!  
deja atras al VASO DE AGUA.

Dará á mi mujer espanto,  
que me alaben por detrás,  
y me querrá mucho mas  
sabiendo que valgo tanto.

De suerte que es vano el dolo  
de los que están á porfia,  
madurando la sandia  
que me he de comer yo solo.

En tanto yo no me alejo,  
pues teniendo esposa bella,  
me estaré mirando en ella  
lo mismo que en un espejo.

Enfermedades mayores  
serán á mi cuerpo ajenas,  
si hay quien endulce mis penas  
y mitigue mis dolores.

En fin, no te digo mas  
que una bella es lo que priva  
por abajo, por arriba,  
por delante y por detrás.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

## Epigrama.

En ayunas un soldado  
por las calles paseaba,  
y solo un cuarto llevaba  
consigo aquel desdichado.

Deseando satisfacer  
el hambre que le cutía,  
acércase á una mujer  
que ¡á cuarto, á cuarto! decia.

Va, llega, destapa un cesto  
con sus manos diligentes,  
y «¡oh rabia! dice ¿qué es esto?  
¡palillos para los dientes!

JOSÉ SEGUNDO FLOREZ.



## AMBIÚ.

### *Cocido de pescado.*

Se pone en el fuego una cacerola con un trozo de manteca, zanahorias, cebollas, apio, nabos y toda especie de legumbres cortadas muy menudamente, se añade el mismo pescado en restos; se moja con un poco de agua; y cuando todo está en sazón, se le añade agua hirviendo con sal y un ramillete. Todo esto se pasa por un tamiz de seda para los usos necesarios.

### *Cocido simple.*

Con agua, vino blanco y tinto, y aun mas frecuentemente con vinagre sazonado con manteca, sal, especias, romero, tomillo, laurel y especias finas, se cuecen los pescados algo voluminosos; y despues de haberlos dejado enfriar, se les echa sobre una servilleta en varios dobleces, haciendo inmediatamente una salsa con aceite, vinagre ó cualquiera otra.

Hay quienes aconsejan se haga hervir por algunos minutos todo lo que ha de servir para confeccionar la salsa de pescado, á fin de comunicarle mas gusto, y que en seguida se ponga en ella el pescado que se ha de aderezar, sobre todo si está tierna y en estado de cocerse en poco tiempo.

### *Agua de sal.*

Se prepara haciendo hervir sal marina comun en agua; se despuma para sacarla del fuego; y cuando ya está completamente embebida, sea la que fuese la cantidad de sal que se haya empleado, se pasa para servirse de ella en caso necesario; y cuanto hubiese habido de demasiada sal queda en el fondo de la vasija.

### *Adobo cocido.*

Será este de carne, cuando con los mismos aromas que para el cocido simple de que acabamos de hablar, se añade el caldo preparado con carne y vino blanco ó tinto, el que no debe tener mas que una hora de cocimiento. Será de vigilia, cuando en vez de caldo no se eche sino agua; y aun en lugar de caldo se puede hacer uso del vinagre ó del agraz.

### *Sábalo.*

Se adoba en aceite, al que se añade sal, pimienta, perejil y cebollas picadas: se pone en la parrilla y se sirve con una salsa blanca con alcaparras, ó bien con un puré ó sustancia de acederas.

### *Sábalo en salsa.*

Se sirve este pez con salsa blanca, como se ha dicho, ó solamente con aceite.

### *Anchoas fritas.*

Se deslie suficiente cantidad de harina con vino blanco, de modo que tenga bastante consistencia, y se añade una cucharada de aceite; se meten en este pebre las anchoas, despues de haberlas desalado, y se dejan freir por bastante tiempo para servir las calientes entre dos servilletas.

Las anchoas para ensalada y otras preparaciones en que se guste de ellas, deben colocarse como lo hemos indicado en los tratados de platillos. Véase este artículo y el de manteca de anchoas.

### *Anguila.*

Son preferibles las de rio que tienen la espalda parda y el vientre blanco. Las de estanque tienen un color deslustrado y saben á cieno.

### *Anguila asada.*

Hecha trozos de seis pulgadas, y mechados con tocino delgado, despues que se hayan echado en adobo, se dejan escurrir y se ponen en un asador con un trozo de miga de pan del mismo tamaño, colocado entre cada trozo de anguila; y asi se irán bañando con manteca. Cuando esten ya aderezados, se sirven con una salsa de pimienta. Tambien se puede no mechar la anguila y servirla con una salsa picante.

### *Anguila mechada.*

Se la mecha con tocino delgado en toda la extension de su lomo, y por medio de un bramante pringado se la dispone en círculo para ponerla en el hornillo y servirla con toda especie de aderezo. Se puede tambien empanarla si se quiere.

### *Anguila á la tártara.*

Se las quita el pellejo, despues de haberlas destripado, y se las hace trozos mas ó menos gruesos, echándolos en adobo; se les pasa luego por manteca, é inmediatamente por huevo friéndolos para servirlos con salsa simple ó verde.

### *Barbo y barbillo.*

Se prepara como la mayor parte de los demas pescados y se frien ó ponen en parrillas. Véanse estas preparaciones en el artículo de la Carpa.

### *Abadejo.*

Se toma un trozo de buen abadejo, y se le pone en agua por veinte y cuatro horas para desalarlo y ablandarlo, y en seguida se pone al fuego en una olla, advirtiéndole que se debe retirar inmediatamente que empieza á hervir; se pondrá en seguida en una cazuela manteca, aceite, perejil y ajo, que se dejará desleir á un fuego moderado. Entre tanto se limpia el abadejo que se hace pedazos, despues se pone en la cazuela, y de tiempo en tiempo se le echa aceite, manteca ó leche. Cuando esté ya espeso, se menea por mucho tiempo la cacerola sobre el fuego, lo que hace que el abadejo se reduzca á una especie de nata. Si se quiere verde, se majan espinacas que se sustituyen al perejil.

### *Dorada.*

Pescado sumamente chato que por lo regular se asa en parrilla para servirle con una salsa blanca de alcaparras ó de acederas.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.



# LA BISA,



CONTINUA EL EXTERIOR

POUCHE-CHAMPEL



Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia

Prudencia y justicia



AMIGOS.



*José Bernat Baldoví*

Sociedad Literaria

1844.

La Risa.